

La aventura azarosa por tierras extrañas ejerce sobre el español una poderosa seducción, de que dan fe bastante la novela picaresca para la vida vulgar, y la exploración de América para la vida histórica.

(R. Menéndez Pidal. *Los Españoles en la Historia*. 1951.)

EXISTE hoy en el medio intelectual un renacido interés por la figura de Francisco Hernández, aquel médico inquieto que abandonando la muelle vida de una Corte, pausada y solemne, se lanza intrépido a explorar en lo más íntimo, en lo más intrincado y cálido de la selva y en la llanura abierta y gélida la naturaleza mexicana. No nos consideramos del todo ajenos al despertar de este interés, pero analizando las razones que llevan hoy, cuatrocientos años después de su epopeya a que se le recuerde y busque con cariño, encontramos una serie de factores que actualizan su hazaña y que perduran en el tiempo. Unase también a esto la leyenda, la ignorancia de su vida, y las desgracias y sinsabores que de ella se conocen para que, aureolando su figura de supuestos imaginarios, se cree un Hernández romántico, enamorado del suelo que pisa y en éxtasis ante el maravilloso espectáculo de la Naturaleza mexicana.

Dijo una vez Marañón que: *cuando Dios quiere empujar a un hombre que parece grande le manda un biógrafo puntual, y entonces ya no es posible imaginar nada de aquello que hace verdaderamente grande a un varón, que es su leyenda.*¹ Afortunadamente Hernández todavía no ha tenido un biógrafo; los que nos hemos acercado a escudriñar su vida no hemos podido pasar del umbral, sabemos alguna fecha más, sospechamos tal o cual rasgo, pero continuamos ignorantes de la casi totalidad de su existencia y la leyenda puede seguir envolviendo con su tenue nebulosa, que amplía lo grande y desvanece lo cotidiano y ruín, la vida de nuestro héroe.

Hernández era un científico de base sólida, nunca fué un teórico ni un clasificador de gabinete —como siglos después lo fué Buffon—, era un espí-



... Hernández no ha tenido aún un biógrafo...

La desventurada aventura del Dr. FRANCISCO HERNÁNDEZ

Por Germán SOMOLINOS D'ARDOIS

ritu inquieto, apasionado por temas diversos, trabajador infatigable y observador sagaz. Al zarpar en Cádiz dejaba detrás una vida de labor continua; de éxitos locales que le habían llevado a la más alta investidura médica de la época, junto al monarca más poderoso de su tiempo. Estaba en posesión de una sólida cultura humanística rica en conocimientos y espiritualmente dirigida hacia el progreso. Nunca satisfizo fácilmente su curiosidad en las fuentes clásicas; buscaba, inquiría y se relacionó con los espíritus más adelantados de la época. Vesalio fué su

amigo, Arias Montano su *hermano dilecto*.

Pero ahora mientras la vela henchida arrastraba su embarcación hacia tierras casi ignotas, todo quedaba atrás. Le esperaba una incógnita, un abrumador trabajo inemprendido: *las selvas hostiles y los pérfidos ríos*; las cosas admirables de la Nueva España que él referirá más tarde; la lucha con las pasiones de los hombres y también la inmortalidad y la obra imperecedera que lo incorpora a la historia.

Enamorado de la nueva tierra olvida los sinsabores y contratiempos; viaja a lomo de

mula hasta llegar a sitios todavía hoy casi inaccesibles. Recolectando, estudiando *in situ* sus hallazgos, dictando y dibujando, pasa largos días por monasterios y caminos apartados que llevan a pueblos más apartados todavía. Allí conoce frailes, alcaldes, corregidores, encomenderos y mucha gente más que, años después, le recordarán con cariño al escribir las relaciones geográficas o las crónicas de sucesos notables.

Su vida, en esta época, es una perpetua lucha; con los indios que tratan de confundirlo, con la naturaleza más veces hostil que acogedora, con los otros médicos que menosprecian su obra, con el virrey hepático y amargado que no le comprende y hasta con su propio señor, con el Rey Felipe que, covachuelista impaciente y tacaño, recorta los presupuestos y reclama su retorno con la obra inacabada.

Así se elaboran los libros de Hernández, a lo largo de los caminos reales y de las verdaderas camineras que llevan a lugares inverosímiles. Pero ocurre esto porque la expedición de Hernández es por encima de todo la satisfacción de un deseo de aventura. Hernández cumple con ella el anhelo de todos los hombres renacentistas, el espíritu de aventura, que el renacimiento desarrolla en sus contemporáneos y que no es más que la reacción activa frente a la meditación medieval. El quietismo de los siglos anteriores, al despertar, crea en esos años un afán de movimiento irresistible. Movimiento físico y movimiento espiritual. ¿Qué otra cosa son más que movimiento las disensiones religiosas y las aventuras literarias de un Erasmo o de un Vives? Si en el movimiento activo, en la acción personal, se gana un nuevo mundo, también en el movimiento espiritual se obtienen frutos tan valiosos como una nueva filosofía y una concepción diferente de la vida y de la ciencia. Jiménez Rueda también lo ha comprendido así cuando dice: *El espíritu de aventura es el incentivo, la codicia o la fama, el fin.*²

Pero la aventura no se reduce a las armas o al gabinete del filósofo sino que extendiéndose a todos los sectores

contagia al artesano y al escribiente lo mismo que al capitán o al religioso. El hombre de ciencia, que ve dilatarse su campo, siente irresistible deseo de explorarlo, de lanzarse por los nuevos caminos en pos de esa aventura, incierta como todas las aventuras, pero prometedora de gloria o por lo menos satisfactoria de la inquietud de acción. Menéndez Pidal ha escrito: *multitud de exploradores españoles se arrojan a los más peligrosos e inauditos trabajos por una muy eventual esperanza o por el simple atractivo de la aventura, con menosprecio de toda ventaja material.*³

Esta necesidad de movimiento tiene como una caracterís-

común de mi patria.⁴ Pero si esto lo dice al dedicar la obra escrita, la traducción pliniana que puede colmar parte de la aventura, falta todavía una satisfacción mayor. El espíritu de Hernández inquieto, audaz y activo no queda colmado con una obra sedentaria de gabinete, necesita mayor campo y mayores vuelos para satisfacerse y entonces, cuando ya las fuerzas físicas declinan, pero también cuando su vigor espiritual está maduro y en la mejor formación intelectual, se lanza a la aventura definitiva. Una aventura comparable con la de los conquistadores y misioneros, peligrosa, audaz, tan incógnita en su desarrollo como atractiva y fructífera en

en el anónimo de la ignorancia. Sueña con una fama imperecedera que le anima a seguir. Cuando escribe a Felipe, su rey, una carta donde le compara con Alejandro el Grande por haber mandado escribir esta Historia Natural del Nuevo

su rey que ha descubierto y conquistado un nuevo imperio que añadir a la corona de España.

Junto a esto se percibe la misera materialidad de la existencia. Hernández pide mercedes, se queja amargamente de la ingratitud y olvido de los que deben ayudarlo, llora en la soledad y el aislamiento.

Su mismo final es un final clásico de aventurero. Vuelve triunfante, como volvió Colón, como volvió Cortés, y su estrella se eclipsa para morir abandonado sin que su obra sea reconocida por lo que deben estimarla. Como a otros conquistadores de tierras, la rapiña de los que les siguen acaban por despojarlos de lo que ellos conquistaron. Hernández tiene que presenciar también la invasión de su obra por manos extrañas que van a destruirla. Tiene que abandonar sus manuscritos, su tesoro, en poder de los que van a aniquilarlo, impotente ante el desarrollo de los hechos. Y así, solo, triste, viviendo materialmente de la limosna que con gesto magnánimo le otorga su señor, y envuelto en un mundo espiritual de recuerdos heroicos y ambiciones fracasadas ve llegar aquella fría mañana del Enero madrileño en que viejo y cansado, con el alma llena de amargura y la carne lacerada de viejas dolencias termina su vida de aventurero lo mismo que acabó la de aquel otro símbolo de los aventureros españoles, retrato fiel de todos y cada uno, cuya imagen immortalizara el también aventurero de Cervantes.

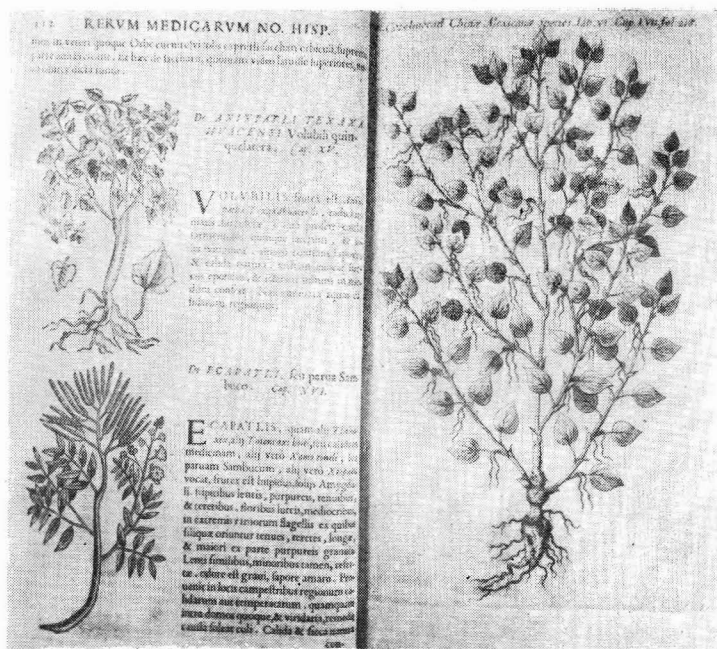
NOTAS

1 Gregorio Marañón. *Elogio y Nostalgia de Toledo*. Madrid, 1951. Pág. 113.

2 Julio Jiménez Rueda. *Heregías y supersticiones en la Nueva España*. México 1946. Pág. 29.

3 Ramón Menéndez Pidal. *Los españoles en la Historia y en la Literatura*. Buenos Aires 1951. Pág. 14.

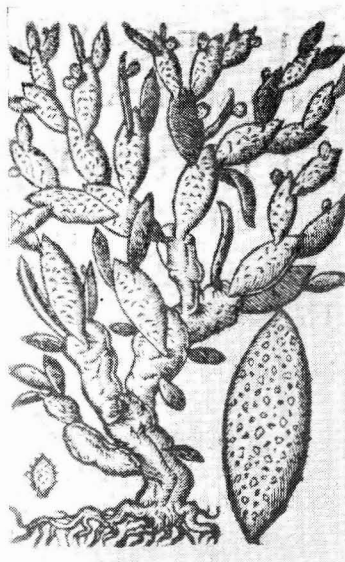
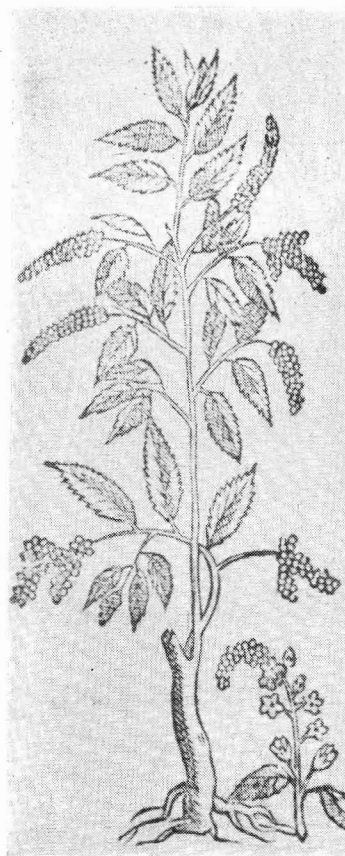
4 Francisco Hernández. Dedicatoria a Felipe II del manuscrito *Traducción y Comentarios a Plinio* que se conserva inédito en la Biblioteca Nacional de Madrid. Folio I recto.



variedades de plantas mexicanas

tica secundaria de la del engrandecimiento. Se conquista para engrandecer los dominios territoriales; se catequiza para extender la religión engrandeciendo el dominio espiritual; se escribe para el beneficio de la humanidad al legarle ideas y relatos de hechos. El propio Hernández los deja traslucir en sus obras cuando escribe: *Oblíganos también la ley natural y el buen concierto del mundo a tener cuenta con nuestra especie... y entendemos que podemos ser a la República provechosos lo cual como yo tenga siempre delante de los ojos desde mis años más tiernos... he siempre deseado emplear mi talento, tal cual es, en esta tan buena obra consagrándole al servicio de Dios n. s. de V. R. magestad y al bien*

sus resultados. Hernández conquista, no sin peligros, exponiendo su vida y sufriendo tantas penalidades como el guerrero que le precede, todo un mundo de cosas ignoradas. Sus frutos son tan valiosos como el oro de las minas o las piedras preciosas. Su epopeya transcurre como todas las otras, entre pequeñeces e incomprendiones burocráticas, acechado de envidia y traiciones, pero los grandes ideales de los conquistadores reencarnan en él y le mantienen en la obra. Es el motor del Renacimiento quien le mueve, lo mismo que movió a los aventureros que han descubierto un nuevo mundo, es el espíritu de aventura quien le guía lo mismo que a tantos otros españoles perdidos en su mayor parte



Mundo, él piensa ser el nuevo Aristóteles que lleva a cabo la hazaña y remata el párrafo recordando siempre el motivo fundamental de la aventura. *Invento mil trazas para que antes de mi muerte quede hecho, por mano de V. M., este beneficio al mundo; parece una frase análoga a la que escribe Cortés cuando explica a*